

EL HAMBRE

El hambre llegó primero como un murmullo, cuando el pan se convierte en cielo.

Una punzada en el estómago de los niños, un silencio en la cocina de las madres, un rumor que se extendía por los pasillos de las casas convertidas en tiendas de lona. Nadie lo dijo en voz alta al principio, porque había bombas, porque había humo, porque había polvo. Pero el hambre estaba ahí, invisible y paciente, esperando su turno.

La semilla de la escasez. Muhammad tiene dieciocho meses y no sabe pronunciar la palabra "hambre". Su boca apenas articula sonidos torpes que su madre traduce con ternura. Pero su cuerpo sí habla: sus costillas afiladas sobresalen como ramas secas, sus brazos son hilos que ya no saben sostener un juguete.

En la tienda de campaña donde viven, el aire huele a plástico caliente y a desesperanza. Una lata de leche en polvo es un tesoro que se reparte grano por grano como si fuera oro molido. La madre lo disuelve en agua turbia y reza para que no cause diarrea, porque los hospitales ya no son hospitales: son salas de espera del fin.

Cada día Muhammad despierta llorando con un llanto débil, y cada día su madre inventa una canción que oculta la verdad: que no hay nada que darle. Ella le canta sobre manzanas rojas, sobre panes redondos y calientes, sobre sopa con garbanzos que hierva despacio. En su voz hay ternura, pero en sus ojos, un abismo.

Las madres hierven hojas. Bushra, vecina de la madre de Muhammad, camina por las calles en ruínas buscando hojas de morera. Sabe que son amargas, que los niños apenas las mastican antes de escupírlas, pero algo en el estómago es mejor que nada.

Las recoge con las manos, como quien arranca un recuerdo del árbol de la infancia. Luego, en un fuego improvisado, quema un pedazo de madera, a veces un zapato viejo, a veces su propia ropa, para hervir esas hojas.

El humo se pega a su piel. Su hijo le pregunta si eso es comida de verdad. Ella asiente. No puede decirle la verdad: que en otro lugar, esas mismas hojas se barrerían del suelo.

En su memoria aún vive el aroma del pan recién salido del horno del barrio, donde antes hacía cola con otras mujeres. La harina se mezclaba con las risas, con las noticias del día, con la ilusión de regresar a casa con una bolsa caliente. Ahora, la cola es diferente: una fila interminable frente a los puntos de reparto, donde los cuerpos se empujan, donde las balas pueden caer sin aviso, donde la vida se apuesta por una caja de arroz.

Los médicos delgados. En el hospital de campaña, el doctor Samir recorre las camillas. Tiene los ojos hundidos, las manos temblorosas y la garganta seca. Antes curaba heridas de metralla, ahora cura el vacío. "Esto no es medicina", se repite en voz baja, "esto es acompañar a morir".

Jana, una niña de cinco años, se sienta frente a él. Sus piernas son delgadas como palos de incienso. Sus labios están agrietados. Samir intenta ponerle suero, pero no hay agujas suficientes, y los tubos son reutilizados hasta el límite.

Las madres le suplican que haga algo. Él quisiera darles pan, no pastillas. "El hambre no se opera", dice, y cada vez que lo dice, siente que traiciona su juramento.

El hospital huele a miedo, a sudor y a leche agria. Los niños lloran sin lágrimas, porque ya no queda agua en sus cuerpos. Y los médicos lloran en silencio, porque tampoco queda fuerza en los suyos.

El extranjero en la fila. Mateo es voluntario de una organización humanitaria. Llegó a Gaza con un carnet colgado al cuello y la idea de que podría ayudar. Ahora se encuentra en la misma fila de comida que los refugiados, esperando un saco de harina que tal vez no llegue.

A su lado, un anciano repite versos del Corán. Una mujer aprieta la mano de su hija como si temiera que alguien se la arrancara. Más adelante, un adolescente lleva un cubo vacío en la cabeza, como si fuera un casco contra las balas.

Cuando suena un disparo, todos se tiran al suelo. Un cuerpo queda inmóvil. La fila se rompe, pero luego se recompone, como si la muerte fuera solo un tropiezo en el camino del hambre.

Mateo anota en su libreta: "Aquí la gente se juega la vida por un puñado de arroz. Aquí el hambre es más fuerte que el miedo a morir."

El eco del mundo. A veces, en las radios viejas que funcionan con baterías, llegan voces desde lejos. Dicen que en Roma se habla de tregua. Que en Qatar se negocia un alto el fuego. Que en Nueva York, diplomáticos levantan la voz.

Pero en Gaza, esas palabras suenan como lluvia en el desierto. La madre de Muhammad escucha y sonríe con amargura: la tregua no llena la olla. El pan no cae del cielo con las promesas.

Los niños no entienden. Preguntan si la tregua es como un postre. Si cuando llegue, podrán comer.

El doctor Samir baja el volumen de la radio. No soporta escuchar más.

El hambre no solo consume el cuerpo, es como una sombra, consume también la memoria.

Los niños olvidan el sabor del chocolate, el sonido de la mantequilla deritiéndose en la sartén, la textura del pan mojado en aceite. Empiezan a soñar con comida imaginaria: festines en el cielo, donde cada ángel ofrece un plato.

“Quiero ir al cielo”, dice un niño, “porque allí hay manzanas”. Su madre lo corrige: “Aquí también habrá manzanas algún día”. Pero su voz se quiebra.

Los ancianos callan, porque saben que ya no verán ese día.

Un día, Bushra camina hasta lo que antes era un mercado, ahora vacío. Entre los escombros encuentra un puesto con latas oxidadas. Una de ellas tiene todavía garbanzos. Los guarda como si fueran diamantes.

A lo lejos escucha a un grupo de niños jugando. Uno de ellos sostiene una piedra como si fuera pan. Los otros extienden las manos. Él parte la piedra en dos, finge repartirla, y todos ríen con esa risa rota que parece llanto.

Bushra se lleva las manos al rostro. El hambre está educando a los niños en el arte de imaginar.

Las palabras que no alimentan. En la televisión internacional, un presidente muestra fotos de niños famélicos a un enviado extranjero. Las cámaras graban su indignación. En Gaza, la gente también graba, pero con los ojos. No hay cámaras suficientes para retratar todos los estómagos vacíos.

Samir escucha que en Europa se habla de sanciones, que en América se habla de soluciones, que en foros se repite la palabra "urgente". Y mientras tanto, en su sala de urgencias, un niño deja de respirar porque no tuvo pan.

La palabra "urgente" ya no significa nada.

El funeral del pan. Una mañana, Muhammad deja de llorar. Su madre lo mece en brazos, lo llama por su nombre, le canta su canción de manzanas y garbanzos. Él no responde.

Los vecinos se acercan. Nadie sabe qué decir. En Gaza, los funerales se multiplican hasta volverse rutina.

El padre cava con las manos. No hay madera para ataúdes. El niño descansa en la tierra caliente. Su madre coloca una ramita encima.

Alguien dice: "Murió de hambre".

Otro responde: "No, murió de abandono".

Y todos callan, porque las dos verdades pesan igual.

El cielo lleno de mesas. Esa noche, en sueños, Muhammad se sienta en una mesa larga. Hay pan caliente, arroz con pollo, dulces de miel. A su lado, otros niños ríen. Ninguno tiene hambre. Ninguno llora.

Las madres que aún respiran en Gaza despiertan con esa misma imagen en la cabeza. Tal vez porque lo sueñan, tal vez porque lo desean.

El cielo se ha convertido en un comedor. Y la tierra, en un desierto vacío.

La última palabra. En medio de la oscuridad, Bushra le dice a su hijo: "Algún día comeremos sin miedo. Algún día el pan volverá a oler como antes. Algún día reiremos de verdad."

El niño asiente, aunque no entiende.

Y el hambre, que escucha todo, sonríe como un verdugo paciente.

FIN